

mente, que ciertos indicios se muestren ya anticipadamente para que tan pronto como un hecho ha sido detallado y cuidadosamente presentado negarle el valor que se merece, pues hay una gran verdad en las palabras de Helvetius, que Schopenhauer cita, y que valen tanto para su obra como para otras tantas que sufren injustamente aquella acusación: «Il n'est point des moyens que l'envie, sous l'apparence de la justice, n'emploie pour dégrader le mérite... C'est l'envie seule qui nous fait trouver dans les anciens toutes les découvertes modernes. Une phrase vide de sens, ou du moins inintelligible avant ces découvertes, suffit pour faire crier au plagiat.» (De l'esprit, IV, 7.)

No somos nosotros los que creemos que la obra de Schopenhauer pueda ponerse á la altura de aquellas reformas que revuelven por completo la manera de ser de un pueblo y de una civilización, y que, con su presencia, establecen en la Historia una estampa impercedera por la trasformación que ocasionan, sino que la estimamos principalmente como la expresión psicológica de un momento de nuestra cultura contemporánea, y mejor aún, como un espejo, aunque parcial, que reflejará á las generaciones venideras gran parte de nuestra vida, que de otro modo permanecería para ellos totalmente oculta, ó á lo sumo atribuida á la fantástica imaginación de los poetas. Este es, pues, uno de los valores que indudablemente hay que conceder á Schopenhauer, y que, unido á la belleza y riqueza de su estilo, profundidad de su pensamiento, constituyen tres cualidades, cultura histórica, estética y filosofía, las cuales no permiten su olvido, y le aseguran un puesto eminente entre los primeros pensadores de nuestro siglo. «La Humanidad ha aprendido mucho de mí, que no olvidará, y mis obras no desaparecerán,» dijo él, y la Historia confirmará esa aspiración.

Cesemos por esta vez de hablar de ese ilustre filósofo, por más que no podamos dar este paso sin hacernos gran violencia, pues hay en Schopenhauer tanto que estudiar, que es más difícil buscar el punto final en que el crítico debe detener sus consideraciones, que el señalar las inmensas cuestiones que en su sistema se discuten. Aunque él mismo dice: «Apénas hay sistema filosófico tan sencillo y compuesto de elementos tan simples como el mio, y que por lo tanto sólo con una mirada puede ser fácilmente comprendido y abarcado;» no pretendemos, sin embargo, haber hecho una exposición de su sistema, sino que nuestro único intento ha sido delinear ligeramente los rasgos característicos de su filosofía, y preparar así el espíritu de aquellos que quieran adquirir en otra parte un conocimiento acabado de su sistema.

JOSÉ DEL PEROJO.

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

III. *

CARACTERES FISIOLÓGICOS Ó FACULTADES MORALES
QUE DISTINGUEN Á LA MUJER.

La mujer delicada y sensible experimenta una série de sensaciones que son desconocidas á la mayor parte de los hombres.

(Salomon.)

Todas las potencias de la organización nerviosa de la mujer, todos sus resortes y el juego de sus funciones, parecen hallarse de acuerdo para producir en ella su más preciosa y sobresaliente facultad, á la que pueden referirse casi sin distinción todas las demás facultades y cualidades de su espíritu y corazón. La exquisita sensibilidad de la mujer es la fuente verdadera de todos los sentimientos tiernos y afectuosos, en sus nobles esfuerzos de entusiasmo, y sus gustos por las cosas grandes y sublimes; este es el más brillante atributo de la vida femenina; la más admirable propiedad, cuyos desenvolvimientos tan diversos y variados, son llamados con los nombres, también distintos, de impresiones, sensaciones, percepciones, ideas, sentimientos, pasiones y afecciones; y puede agregarse que tal es la plenitud y el exceso de esta facultad de sentir en ella, que caracteriza y forma el rasgo más sobresaliente de su naturaleza.

La sensibilidad no es la vida; pero en la mujer, de tal suerte acelera ó calma las ondulaciones de ésta, ya sean superficiales ó concentradas, ya explosivas ó lánguidas, que constituye la delicia ó suplicio de su corta existencia. Dice una notable escritora, que «cuando una mujer sensible y de alma generosa concibe por un hombre verdadera pasión, ya de amor ó de amistad, siente en sí misma, en todas sus relaciones con él y en cuanto del mismo proceda, una superioridad tal de sensaciones y de ternura, que la rebajarían extremadamente á sus propios ojos, en el caso de serle posible formar de ellas justa idea.»

El prodigioso fondo de sensibilidad que se halla en la mujer, es tanto para ella como para nosotros origen fecundo de placeres delicados, y algunas veces también de penas amargas. El sentimiento las conduce á todo: nace, vive y muere con ellas, y produce en todas sus edades aquellas apreciables virtudes que las hacen querer y respetar, así como los particulares vicios, que las echamos en cara, porque cuanto más sensible es el corazón, más susceptible es de emulación, despecho y venganza, cuando se considera ultrajado. La sensibilidad, aunque funesta para la desgraciada que por ella ha sido

* Véanse los números 62 y 63, páginas 326 y 363.

arrastrada hasta la embriaguez de los vicios, es el don más precioso y sin el cual no experimentaría ni los encantos del genio y de la virtud, ni la felicidad suprema en sus rápidos resplandores sobre la tierra. Sin esta sensibilidad íntima y profunda, nada sería de la imaginación, de los altos pensamientos, de las acciones heroicas, y nada del saber inmenso en el vasto universo. Sin los resplandores de la sensibilidad, el hombre mismo quedaría un sér estúpido que apenas se elevaría sobre el bruto, y se entregaría á placeres carnales que le enervarian y degradarían hasta el fango.

En general la mujer tiene una sensibilidad más viva y más fácil de conmover, pero, empleada sin descansa en las atenciones del mundo exterior ú objetos que la rodean, es poco susceptible de modificaciones profundas, de conmociones prolongadas que son las que producen el razonamiento, la reflexión y la meditación. Todos los órganos en la mujer, como hemos hecho notar ya, son extremadamente finos, á lo cual contribuye la pequeñez de su estatura y la debilidad de su organización entera. Más activa que poderosa para el movimiento, posee todas las propiedades vitales en su más alto y exquisito grado, pero con fuerzas físicas extremadamente limitadas, de manera que su existencia consta más de sensaciones que de movimientos corporales. La movilidad, la debilidad y la inconstancia del sexo, del que La Bruyere ha dicho, que el capricho estaba muy cerca de la belleza para servir de contrapeso, tienden forzosamente á esta viva sensibilidad, que es debida á su misma debilidad orgánica.

La sensibilidad de la mujer es inseparable y propia de su sexo: la impresión viva que la hace un objeto amado ú odioso, un olor fuerte ó desagradable, un ruido inesperado, sus gustos, inclinaciones, la vehemencia pasajera de algunas de sus pasiones, y el papel, en fin, que desempeña en la historia de las locuras humanas, todo prueba en ella un organismo excitable en alto grado y á su modo...

Necesario es consignar, y que así se crea, que el mayor grado de sensibilidad no es una cualidad sin ventaja, al contrario; para aquellos que le poseen es origen de placeres desconocidos para los demás. El placer halla en ellos más fácil acceso y á la vez sus sensaciones son más vivas. Además, esta preciosa cualidad lleva consigo más importantes consecuencias, porque es en la sociedad el gérmen de todas las virtudes. El hombre sensible conoce solamente la complacencia de la caridad, el bienestar con el bien que se practica, el valor de la amistad y de la confianza; él es quien sabe amar á sus semejantes, respetar las leyes, aborrecer la injusticia, y él es el que, al relato de una buena acción ó hecho generoso, se enternece hasta derramar lágrimas de placer.

La mujer nos ofrece modelos maravillosos de esta bienhechora debilidad, y de esta exquisita y delicosa sensibilidad. La dulzura, la indulgencia y la sumisión son virtudes esenciales á su sexo. ¿Dónde hallar como en ella el tierno interés y los delicados cuidados que dulcifiquen los males presentes y hagan olvidar los pasados? La dulzura, la bondad, el amor á la compasión, la caridad, la ternura, la conciliación y todos los lazos sociales que, uniendo sus diferentes miembros, aprietan los nudos de la familia, formando la más dulce herencia de la maternidad, son cualidades innatas en la mujer. Por este conjunto poderoso de raras y brillantes cualidades, es innegable que la mujer es muy superior al hombre. ¡Cuánta razón tenía Rousseau al decir: «El imperio de la mujer es un imperio de dulzura, de ternura y complacencia; sus órdenes son caricias, sus amenazas lágrimas».

La mujer, como dice un escritor, es verdaderamente hija de Dios; y efectivamente, vista á la altura que mi ideal la pone y á que puede y debe llegar por sus condiciones, bien merece este título. Como el néctar entre los pétalos de la flor, su dulzura reside entre sus labios; su soplo es perfume que refresca el alma; su beso, corona para la inocencia, y perdón para el arrepentido. ¡Oh, mujeres, bellos ángeles, así comprendidos! respetad vuestros labios y no los abrais para el engaño; no los profaneis con risas impuras ni los mancheis con el veneno de la calumnia. En tanto que seais esclavas y sufráis en un mundo que no os haga justicia, que vuestros suspiros suban al cielo desde el borde de vuestros labios, sin mancha; y que vuestras palabras descendan á la tierra como rocío de amor, para ablandar el corazón de aquellos que os persiguen, y concluirán por comprender que han crucificado en vosotras dos veces á Dios; cayendo de rodillas y con lágrimas en los ojos, gritarán: ¡La mujer es verdaderamente hija de Dios!

Pero la mujer, así considerada, es dos veces nuestra madre. Que lo digan, si nó, los que aman por vez primera. Cuando la mirada de una mujer ha iluminado de esplendor desconocido su vida; cuando un atractivo, secreto y poderoso, dilata y hace palpar su corazón; cuando Dios en su infinitad les ha sido revelado en una mirada ó sonrisa; cuando han entrevisto el cielo en el éxtasis de un beso de primer amor; cuando su ídolo se les ha aparecido en su porvenir como vision siempre radiante; cuando se preguntan y tiemblan si tanta belleza no es una ilusión que se va á desvanecer, y cuando, por fin, con lágrimas de amor, ofrecen morir por ella, yo les preguntaré: ¿quién es la mujer? ¿Creeis que sólo sea juguete para un instante, que luégo pueda romperse? ¿Creeis que sea un sér sin pensamiento y sin amor, hecho para entretenimiento de nuestros tor-

pes deseos? Y de seguro me dirán: la mujer es Dios mismo, revelado en toda su gracia, resplandeciente en toda su belleza y hablando á nuestros corazones en todo su amor. La mujer es palabra de consuelo en el porvenir, que ilumina á fin de que tengamos valor para vivir. La mujer es algo misterioso, colocado entre el cielo y la tierra, para que ésta no maldiga á aquél; su dulce y suave forma hace solamente ver á los desgraciados los genios buenos y ángeles consoladores; y un solo instante de su amor hace comprender lo inseparable de una larga vida. Esto será lo que dirá el que verdaderamente ame. Y en verdad que el que ama no se engaña en las situaciones de su corazón, porque el amor eleva al alma por cima de sí misma, haciéndola comunicar con un mundo superior. Escuchemos, en cambio, á todos aquellos que la desprecian y oprimen; y veremos que, no amando á la mujer, viven sin amor, viven sin vida, vegetan en el egoísmo y hasta en el odio, como plantas envenenadas; porque sólo el amor puede dar al pensamiento humano su sancion, y el corazón es la piedra de toque de las ideas. No hablemos más de los que no tienen ni han tenido corazón, puesto que ni aman ni saben amar; pero los que han amado y aman, han vivido y viven, que bendigan á Dios y sean agradecidos á la mujer que es dos veces nuestra madre, porque los ha dado segunda vez la vida, vida más divina, puesto que nos salva hiriéndonos; y nos cura de las languideces de la muerte haciéndonos sufrir los tormentos del amor!

A la mujer, su extrema sensibilidad la da seguridad de tacto y fineza de espíritu, y es muy raro que esta facultad que posee en alto grado, la engañe jamás en la aplicacion que sabe hacer aun á los objetos que parecen serla más extraños, sin faltar jamás á cuanto exige el gusto y sentimiento de conveniencia. Nosotros, en cambio, nos vemos obligados á estudiar largo tiempo este género de experiencias de fino tacto en la vida, que ella conoce sin duda por intuicion. Sólo á ella debe ser confiado el cuidado de esta parte de nuestra educacion: por eso en las relaciones más ordinarias de la sociedad, una palabra, un gesto que se nos escape inadvertido, y cuya expresion no habríamos comprendido, la ha hecho ya conocer con toda certeza aquello que apenas logramos entender por todos los medios de expresion y frecuentemente sin éxito. Es indudable que á la influencia habitual de este gusto tan seguro que algunos hombres han podido alcanzar siendo sus mejores discípulos, deben toda su reputacion.

Pero sobre todo, en el comercio de la vida, de aquella vida de desvarío, en el seno de la sociedad, es en el que brillan con todas sus cualidades y esplendor; allí es su verdadero dominio é imperio que nos hace reconocer toda su superioridad entregán-

dolas el cetro de las virtudes sociales que habría de romperse demasiado pronto en nuestras manos inhábiles. A ellas solas, en efecto, corresponde esa cortesía que ha hecho decir que una mujer que no era amable, no era segun la naturaleza; á ellas tambien esa dulzura sin afectacion que da á las maneras encanto seductor; á ellas esa indulgencia, que volando ante el amor propio, perdona con delicadeza y sin ostentacion; á ellas, en fin, esa política distinguida que tanto se parece á la benevolencia, y que se confunde de ordinario con ella, y que sin ser la virtud precisamente, es al ménos su imágen ó la del bienhechor engaño. Diremos más: sembradas en el mundo para hacer las delicias y los honores, llevadas naturalmente de la observacion curiosa de cuanto pasa para conservar su imperio y extenderlo, concluyen muy pronto por hacerse nuestros maestros en materia de tacto, prevision y delicadeza. Ellas no deliberan, pero deciden; ellas no miran, pero ven; y á pesar de todas las ingeniosas precauciones con que el amor propio sabe encubrirse, ellas descubren sin esfuerzo las debilidades secretas, las falsas modestias y grandezas. Así es que, á golpe de vista, alcanzan lo que el hombre es realmente y lo que pretende ser; conocen al verdadero sabio, á pesar de su modestia, y al tonto, á pesar de su charla; ellas asignan á la desconfianza su verdadero origen, segun que revela debilidad ó infortunio; ellas ponen el dedo sobre el solitario orgulloso que goza inocentemente de su pobreza y sobre el impetuoso que la más ligera contrariedad le hace estallar; pero ellas exceden sobre todo en el arte difícil de hacer nacer la opinion y dirigirla; y esto con un talento que sólo pertenece á ellas siempre que le necesitan para su amor propio ó interes. En las reuniones ó círculos, hacen cambiar la conversacion del lado que les bulle una idea en su cabeza ó que ansían examinarla, y ésta es una de las mejores astucias que emplean para vengarse, ó al ménos, es su gran recurso. Unas veces nos envuelven en cumplimientos; otras nos hacen enrojecer con elogios que no creen nos merecemos, y algunas nos dicen crueles verdades que parecen escapadas lo más inocentemente.

La mujer, ocupada incesantemente en observar al hombre, llega á desdoblarse todos los pliegues del amor propio y del corazón, descubriendo, entre los mismos, las debilidades más secretas, las apariencias y falsas grandezas, la ligereza de pretensiones, y en fin, todos sus sentimientos y matices más ocultos. Como dan una gran importancia á la opinion, ponen gran cuidado y reflexionan mucho sobre cuánto la hace nacer, la destruye, ó la confirma. Ellas saben tambien cómo se la dirige sin parecer ocuparse de ella, apreciando en cuánto la tiene cada cual, con quien vive, para gobernarle á este fin. En los ne-

gocios, conocen como nadie los grandes efectos que producen las pequeñas pasiones, que con arte especial saben dirigir imponiéndose á los demas, sin manifestarse jamás recelosas. Todos estos conocimientos de finura tan especial, sirven á la mujer de andadores para conducir á los hombres: la sociedad es para ellas un clavicordio cuyas teclas conoce perfectamente y parece que de antemano tiene adivinado el sonido que cada una debe dar.

En cambio, los hombres libres é impetuosos, suplen la destreza con la fuerza; y por consiguiente, teniendo ménos interes en observar, obligados á la vez por la necesidad continua en obrar, alcanzan con dificultad esta serie de pequeños conocimientos cuya aplicacion es de todos los instantes, y sus cálculos para la sociedad han de ser, á la vez que ménos rápidos, ménos seguros tambien. Tanto como el hombre considera y estudia la especie y las cosas generales, otro tanto la mujer se ocupa del individuo y de las cosas particulares. El uno se goza de su vigorosa independencia, y la otra prefiere la dulce servidumbre; ésta afecta la fineza y los detalles, y aquél hace resplandecer la franqueza y la sencillez. Cada uno considera los objetos á su manera y no los ve más que en una direccion con relacion admirable; y los dos sexos manifiestan necesidad de ser unidos para adquirir idea perfecta de las cosas. Todo lo que hay con carácter de fuerte, de vasto, y de sublime, es mejor comprendido por el uno; todo lo que hay delicado, gracioso y fino, es mejor sentido por la otra.

La mujer resume todo cuanto hay de más tier-no, seductor y maravilloso sobre la tierra. Pero el hombre sólo es capaz de los brillantes trasportes del genio; reina por el pensamiento: su imperio es el universo, y su necesidad la inmortalidad. La penetracion de la mujer, es sin igual para juzgar á los individuos; los menores movimientos del corazon, los más escondidos arcanos, las pretensiones más secretas, la son tan conocidos como los mismos hechos exteriores. Todo su sistema de defensa se halla fundado en estos conocimientos y procede con ellos tan en seguro, que la bastan para contrabalancear el imperio de las leyes y de las costumbres; y con arma tan segura, la esposa suele emanciparse y la coqueta gobierna: aquí se limita la sagacidad femenina. La mujer conoce perfectamente á los hombres que trata; ella no conoce al hombre; nada se la escapa en el individuo, pero sí todo en la especie. Cuando se trata de subir del detall y de lo particular á lo general, de comparar hechos, deducir consecuencias; cuando se pretende abordar cuestiones serias de cálculo ó más ó ménos filosóficas, la mujer no existe ó desaparece, y sólo

queda el hombre. El mundo de los hechos es demasiado pesado á la mujer para que no le sacrifique por el de las ideas y sentimientos; lo que nada prueba mejor que la facilidad en conocerse á sí misma. Gracias á esta sensibilidad eléctrica con que se impresiona por lo más imperceptible, hace que tenga tiempo de sentir mil veces más que nosotros, y sobre todo, de sentir que ella siente: todo el equipo de su coquetería, ciencia de su atractivo, las inflexiones de su voz, los gestos y demas rasgos seductores, nos manifiestan en ella un sér que se ocupa de sí mismo hasta en sus menores detalles. Puede decirse que un espejo, invisible para nosotros siempre, la refleja constantemente á sus propios ojos, y sin embargo, nada llega á poseer científicamente de sí misma, ni puede en nada definirse.

La mujer, ¿es igualmente apta en sus restantes facultades, de suerte que pueda competir y reemplazar al hombre en el ejercicio de las mismas? Platon, en sus libros de la *República* sostiene que, igualmente que los hombres, deben ser admitidas á la gestion de los negocios públicos, de la guerra, al gobierno de los Estados, y en su consecuencia que debe educárselas igualmente que á los hombres para formar su cuerpo y su espíritu, sin exceptuar siquiera aquellos ejercicios incompatibles con el pudor y la virtud. Es sorprendente que tan eminente filósofo quisiera hacerlas renunciar abiertamente á las máximas más comunes y naturales de la modestia y del pudor, virtudes que hacen el mejor ornamento del sexo, cuyo despojo es cruel y absurdo, como lo prueban la práctica y respeto de las mismas en todos los siglos y en todos los pueblos de la tierra.

No pensó de igual modo su discípulo Aristóteles, que, sin atacar ni menoscabar en nada el sólido mérito de las cualidades de la misma, supo marcar con habilidad el diferente destino de la mujer y del hombre, fundándose en la diferencia de sus cualidades, tanto de cuerpo como de espíritu, dando al uno la fortaleza de cuerpo y la intrepidez de espíritu, que le hacen apto para soportar las fatigas y acometer los grandes peligros; y dando á la otra una complexion débil y delicada, acompañada de una dulzura natural y modesta timidez que la hacen propia para la vida sedentaria, y la conducen á la reclusion en su casa, para entregarse á los cuidados de una industriosa, sábia y prudente economía. Igualmente que Aristóteles piensa Xenofonte, y para trazar el programa de los trabajos que debe realizar dentro de la casa la mujer, la compara á la abeja madre, llamada ordinariamente la reina de la familia, que gobierna sola toda la sociedad, teniendo su intendencia, que distribuye todos los empleos, dirige los trabajos, que vela por la nutricion y subsistencia

de toda la familia, y que, en los tiempos marcados, divide en colonias y expulsa las nuevas generaciones á fin de descargar la colmena. Hace tambien observar la diferente constitucion física y moral que el Autor de la naturaleza ha dado á la mujer y al hombre, marcando de este modo á cada cual su destino particular y las funciones que le son propias.

Esta particion ó hijuela, dada á cada sexo, léjos de rebajar á la mujer, la eleva y ensalza, confiándola una especie de imperio ó gobierno doméstico, que sólo ejerce ó debe ejercer por dulzura, equidad y buen sentido, dándole ocasion oportuna de poner en salvo las más estimables cualidades, bajo el precioso velo de la modestia y de la obediencia. Es necesario reconocer de buena fe que en todos tiempos y condiciones ha habido mujeres que se han distinguido por un mérito sólido, elevándose por cima de su sexo, así como ha habido hombres que han deshonrado el suyo por sus defectos; pero estos son casos bien particulares que no pueden hacer regla ni prevalecer contra su destino, fundado en la naturaleza.

Las ideas abstractas y generales, los sistemas metafísicos y filosóficos, son casi indiferentes ó extraños á la mujer, y sólo hay un medio de hacerlos compatibles con su inteligencia, que es el de hacerlos pasar por su corazón. Pintense con vivos colores todos los sufrimientos por que pasaría el individuo bajo la desigualdad social, y entónces, pero sólo entónces, se apasionaría de los derechos individuales del hombre: lo que para nosotros significa la justicia, para ellas es la caridad. Lo mismo sucede con la idea de Dios: para el hombre, Dios significa siempre algo; para la mujer, sólo significa álguien. Nosotros le explicamos, le comentamos, y algunas veces le creamos; pero ellas sólo le aman.

Ningun descubrimiento matemático ni teoría metafísica son debidos á la mujer. En Grecia, en que las mujeres asistían con gran ardor á las notables Escuelas filosóficas y en que la de Pitágoras contaba todo un pueblo de adeptas, ni un sólo sistema filosófico salió de la cabeza de la mujer. Tan inteligentes como intérpretes, tan apasionadas como secretarias, su poder se detenía y se ha detenido siempre allí donde la creacion de la inteligencia comienza. En nuestro siglo, y hasta en nuestro país, tenemos ejemplos evidentes de los mejores talentos femeninos, pero incapaces de creacion.

Efectivamente; mujeres que la naturaleza ha dotado grandemente de carácter viril y de aquellas cualidades que parecen hacer al filósofo, como son gran amor á las ideas generales, desprecio á las preocupaciones, sentimiento de la dignidad humana, indignacion contra toda esclavitud, tanto la del po-

bre, la del obrero, como la de la esposa, nada nuevo han dicho sobre los problemas sociales y humanos.

En su mismo papel de romancera socialista, la mujer no ha pasado de ser un eco, un espejo ó arpa doliente, que ha reflejado todas las teorías que el azar ó el instinto la ha hecho conocer. Detrás de cada uno de sus pensamientos hay un pensador; y una sola cosa se observa en la exposicion de tales teorías y sistemas, que la es completamente personal, su alma, que los siente y expresa en su propio estilo. Las mujeres sólo son filósofas por el corazón.

Por la pasion solamente llega la mujer á comprender las ideas, y frecuentemente á expresarlas con una elocuencia superior. Pero como la pasion es arrebatada, móvil, llena de inconsecuencias, las ideas tambien, de ordinario, en la mujer son bruscas, cortadas y violentas: en su naturaleza tempestuosa, el pensamiento es, en cierto modo, relámpago del alma. No se puede negar á la mujer ingenio, gracia, delicadeza y un giro fino y animado en todo aquello que sale de su pluma y de su pincel. Quizá nos sobrepaja en este punto, y bien puede decirse que hay más mujeres que hombres de agudeza, porque, tal cual yo comprendo esta cualidad, hay ventajas en el sexo en razon á su viva sensibilidad exterior, á su movilidad, á lo picante y fino de sus reflexiones. La mujer siente mejor que nosotros las relaciones y oportunidad de la conveniencia ó inconveniencia; observa de más cerca los detalles, tiene más aptitud para plegarse á todo; pero como tiene una organizacion ménos fuerte, cede al hombre la superioridad en lo moral como en lo físico. Lo mismo que su voz es una octava ménos grave que la del hombre, así tambien sus ideas son más agudas y ligeras. Separada en todo tiempo por falta de estudios y educacion de la carrera literaria, ha mostrado su grandeza de alma por acciones reales, ya que no en ingeniosas ficciones ó criticando los hechos históricos. Ha hecho algo mejor que pintar, puesto que frecuentemente con su conducta ha formado los modelos del heroísmo. ¿Qué importa que la mujer en sus escritos no haya llegado á pintar una Cornelia, si Cornelia misma no tiene nada de imaginario? Pues qué, ¿no se ha visto en las tempestades revolucionarias á la mujer igualar á los héroes por la energía de su valor y por su grandeza de alma? Los grandes pensamientos suelen venir del corazón.

«Si se trata de comparar el talento y el ingenio en los dos sexos, dice Thomas, hace falta distinguir el ingenio filosófico que medita, del de memoria que resume; el de imaginacion que crea, del de política y moral que gobierna; y hace falta luégo ver hasta qué grado estos géneros de talento

pueden convenir á la mujer. Si con la debilidad natural de sus órganos, de la que resulta su belleza; si con la inquietud de su carácter, que la da su imaginación; si con la multitud y variedad de sus sensaciones, que hacen gran parte de sus gracias, es compatible una atención sostenida, capaz de larga serie de ideas, atención que prescinde de todos los objetos para fijarse en uno sólo y verlo todo entero; que de una sola idea haga salir larga serie de ellas encadenadas, ó de gran número de las mismas dispersas extraiga una vasta y general que las contenga á todas.»

No se puede menos de convenir en que falta siempre alguna cosa á las más brillantes producciones del sexo. No se encuentra en ellas aquella sublimidad, aquella energía viril, elevación ó profundidad de pensamiento, que son reflejo fiel del verdadero genio. Este género de talento é ingenio, es verdad que es raro hasta en el hombre; pero no es menos cierto que lo han tenido todos aquellos que se han elevado á la altura de la naturaleza para comprenderla, los que han mostrado al alma el origen de las ideas, asignado á la razón sus límites, al movimiento sus leyes, al universo su marcha; los que creando nuevos principios, han creado nuevas ciencias, agrandando y cultivando el espíritu humano. Ninguna mujer se encuentra al lado de estos hombres célebres: la falta yo creo que consiste en la naturaleza y también en la educación.

Yo admiro y respeto bastante más á una mujer de ingenio que á una literata ó bachillera, sin que por esto sea ó me declare partidario de la escuela de Mohere; al contrario, sé que el hombre y la mujer tienen la misma alma y el mismo destino moral, debiendo serles reclamada igual responsabilidad del empleo de las facultades; por consiguiente, también para la mujer reclamo toda aquella educación é instrucción que necesita para llenar sus fines. Una vez que la mujer ha de ser la compañera del hombre, sería inicuo y absurdo privarla de los conocimientos é instrucción necesaria para vivir en comercio espiritual con él, y puesto que ha de participar de su destino, necesario la es también comprender éste y á su compañero, para así participar de sus luchas, de sus sufrimientos y aliviárselos en cuanto posible la sea. Dejémosla cultivar su espíritu con toda suerte de conocimientos y estudios, siempre que sea inviolablemente guardada la ley suprema de su sexo, el pudor que constituye su gracia.

DR. ENGINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

EL CONFLICTO

ENTRE LAS CIENCIAS NATURALES Y LA ORTODOXIA
EN INGLATERRA.

III. *

John Tyndall nació en 1820 en Irlanda, hijo de una familia inglesa, procedente de Gloucestershire. Esta familia cuenta, al parecer, entre sus antepasados, á un tal William Tyndall, que tradujo la Biblia al inglés y fué quemado en 1536 por crimen de herejía. El padre del profesor actual era un celoso protestante, muy respetable, pero apasionado por la controversia. Su hijo heredó, sino su ortodoxia, al menos su independencia y condiciones de polemista, que debían prestarle algún día eminentes servicios. Agregado primero al servicio del catastro en Irlanda, y después ingeniero de caminos de hierro, ingresó como encargado de una asignatura en la escuela profesional de Hampshire, de donde salió en 1848 para estudiar en Marburg, bajo la dirección del ilustre profesor Bunsen. Su primera obra notable apareció en 1850, y versaba sobre la gran cuestión del diamagnetismo y de la polaridad diamagnética. Tocaba ya por medio de este género de investigaciones á la constitución íntima de la materia como *substratum* y foco de fuerzas organizadoras. De vuelta á Londres en 1852, fué nombrado profesor de física de la Institución Real. De igual modo que Huxley, mostróse digno de esa alta posición científica por los numerosos y notables trabajos con que enriqueció el dominio de las ciencias de la naturaleza. La constitución molecular de la materia y los fenómenos de los glaciares alpestres (1) han atraído, según parece, con preferencia sus observaciones y sus estudios especulativos, y á sus ensayos de gran síntesis física se refieren más ó menos directamente sus tratados ya numerosos sobre el calor, como modo de movimiento, sobre la acústica, sobre la física molecular en sus relaciones con el calor irradiante, sobre la luz y sobre la electricidad (2).

Como su amigo Huxley, se distingue en el género de conferencias ó de lecturas públicas, y gusta de exponer ante un público avidísimo de oírle, los resultados de sus profundas investigaciones. Mientras su amigo se asemeja por la regularidad, acen-

* Véase el número anterior, pág. 375.

(1) A fines de Diciembre de 1859, subió á Montanvert y pudo determinar el movimiento invernal del mar de hielo. Los resultados de su estudio están consignados en su obra sobre *Los glaciares*, que forma parte de la *Bibliothèque scientifique internationale*.

(2) Sus ideas sobre la constitución de la materia, le han conducido recientemente, en punto á señales náuticas, á experimentos cuya aplicación en días de niebla prestará grandes servicios á la navegación en la proximidad de las costas.